



CARITAS CHRISTI URGET NOS

90 AÑOS DEL CARDENAL RAUL SILVA HENRIQUEZ

El Buen Samaritano

«Nuestro amor y fidelidad a Dios se prueban,

en primer lugar,

en nuestro amor y fidelidad

hacia el hombre que nos necesita.

Jesucristo tuvo la osadía de identificarse con él.



AMOR

¿Cómo se puede, entonces, ser «espiritual»,
si se desentiende uno de las angustias del hombre?

La voluntad del Señor no es otra que amar
y servir al otro, eficazmente, concretamente,

no con puros buenos deseos...»

ESPERANZA

P

artamos con una afirmación categórica: No hay en este siglo en nuestro país un hombre que haya hecho tanto por tantos chilenos como el cardenal Raúl Silva Henríquez.

A lo largo de cinco décadas creó e impulsó numerosas y variadas actividades que sólo se pueden resumir en un vasto catálogo de los sueños y necesidades de millones de personas.

Empezó en los años '40. Recién ordenado sacerdote, levantó un colegio y un templo monumental en La Cisterna. Después se convirtió en líder de los educadores católicos.

En la década de 1950, por insinuación de su amigo el obispo Manuel Larraín, se hizo cargo de Cáritas Chile, institución que llegó a ser una mini réplica -privada- de la Corfo y, como tal, alimentó, construyó y reconstruyó y fomentó la creación de múltiples empresas.

Modelo de eficiencia, para algunos críticos esta etapa de su historia personal ha servido para caricaturizarlo como un administrador más que un pastor. Pero esa misma eficiencia y los contactos nacionales e internacionales que hizo entonces, le servirían como arzobispo de la principal arquidiócesis para encarar acuciantes problemas de los más necesitados: los pobres urbanos sin techo ni pan; los campesinos sin tierra ni derecho a organizarse; los cesantes; los niños y jóvenes sin educación ni esperanzas... Y a partir de

1973, los trabajadores perseguidos, exonerados, relegados, expatriados y muertos, víctimas de sistemáticas violaciones a sus derechos humanos.

De reacciones rápidas en lo humano, huraño para algunos, aun en estos días, ya en el ocaso de su existencia, su mirada de vuelve dulce junto a los niños. Así lo dejó registrado en un conmovedor video el cineasta Ricardo Larraín.

Signo de contradicción, conforme al mandato evangélico, el cardenal Silva Henríquez es, al mismo tiempo, un hombre de paz. Y, como tal, atenaceado por la angustia, se acercó sucesivamente en 1978 a dos Papas en los momentos en que recién iniciaban su pontificado, para pedirles que intervinieran en el inminente conflicto armado entre Chile y Argentina. Con Juan Pablo I, debido a su muerte inesperada, no tuvo suerte. Pero sí con su sucesor, Juan Pablo II.

Aunque no hubiera realizada nada más, los chilenos (y también los argentinos) debemos agradecerle al cardenal Silva su gestión. No fue él quien logró la paz. Pero la hizo posible.

Calificado a menudo (o descalificado) como político, el Cardenal ha pedido perdón por los errores que cree haber cometido. Pero no incluye en ellos su profunda fe. En los momentos cruciales de su carrera, nunca ha olvidado ni dejado que se olvide lo esencial: su condición de sacerdote, de pastor siempre urgido por el amor de Cristo.

El día de Pentecostés de 1982, al presidir una gran asamblea de jóvenes en

la catedral de Santiago, recalcó: «Quiero hoy compartir con ustedes, una vez más, mi fe y mi amor a Jesucristo. A El lo conocí desde niño en el seno de mi familia. A El le consagré mi vida en mis años de juventud. Y a El también he procurado servir como pastor de la Iglesia. Tengo la experiencia y la certeza de que sólo en Jesús, reconocido como Maestro y Señor, se puede encontrar la plenitud de la vida y el sentido profundo de nuestra historia».

LA CISTERNA: LAS HOJITAS DEL PADRE RAÚL

«Yo estaba en las preparatorias en el Liceo de La Cisterna. Cada cierto tiempo, el 'padre Raúl' llegaba con un montón de boletines que había que doblar para echar al correo. Para nosotros era una pequeña fiesta porque se suspendían las clases. Creo que no nos dábamos cuenta de lo importante que eran esas hojas modestamente impresas con las cuales don Raúl mantenía el contacto con la gente que lo ayudaba y le informaba de los avances de su obra más querida en ese momento: el templo de Don Bosco. De tiempo en tiempo, ayudábamos como podíamos en otro rito dedicado a juntar fondos para la misma obra: los sorteos periódicos de valiosos premios, incluyendo vehículos». (Testimonio de un ex alumno del Liceo Manuel Arriarán Barros)

Con mucho esfuerzo personal y la misma férrea tenacidad que lo ha caracterizado en la realización de todas sus obras, el futuro cardenal Raúl Silva puso en pie el Templo Nacional de San Juan Bosco en La Cisterna. Antes había puesto en marcha, en un enorme terreno recibido en donación, el Liceo Manuel Arriarán Barros.

El mismo ha recordado, según refirió Oscar Pinochet de la Barra en su libro *El Cardenal Silva Henríquez* que «para levantar el templo inicié mi aventura de pedigüeño...¡Qué no hice! Primero, una lista



*Templo Nacional San Juan Bosco,
obra del arquitecto Oscar Zaccarelli.
En el interior, mural de Claudio di Girolamo.*



de personas que pudieran dar dinero; luego una hojita que repartía periódicamente a veinte mil personas y que me costaba dos mil pesos. Enseguida rifas de automóviles: con el resultado de cada una tenía para financiar tres meses de trabajo. Ah. Y no olvidemos las donaciones que llegaban milagrosamente cuando ya desesperaba de pagar mis deudas. Toda la comunidad salesiana respondió admirablemente».

No cabe duda que estaba marcado por las intuiciones de Don Bosco, el fundador de la congregación y que nunca se paró ante los obstáculos ni las críticas. Por cierto resultaba fácil criticar al padre Silva. La Cisterna, en los años '40, era una comuna antigua pero poco poblada. No parecía posible que la gran nave del nuevo templo llegara a llenarse alguna vez. Pero don Raúl tenía razón. El templo se ha llenado miles de veces desde el día de su inauguración. Y no es ésa la única importancia del gran complejo religioso-educacional que aún domina ese sector de la Gran Avenida, al sur de Santiago. Según le dijo a Oscar Pinochet, el propio cardenal piensa que esta obra fue decisiva: «Mirando hacia atrás y buscando señalar algún momento en que mi carrera sacerdotal tuvo un giro de importancia, creo que fue éste».

Tal vez así comenzó la leyenda -ni negra ni totalmente blanca- del administrador-gerente, consolidada luego por su eficiente gestión en Cáritas. Sin embargo, sus ex alumnos de entonces no sólo lo recuerdan por las hojitas que había que doblar para enviar a los veinte mil benefactores de la obra en construcción. Con insistencia mencionan su trabajo propiamente sacerdotal, expresado en las confesiones semanales y en las misas celebradas en la capilla que durante años fue la única parte utilizable del templo, y también lo que más tarde se llamó «la opción preferencial por los pobres», que los salesianos heredaron de Don Bosco y que en La Cisterna se materializaba en el oratorio dominical y en la atención del sector más pobre de la comuna, hoy parte de San Ramón.

CÁRITAS: UNA CORFO CHICA... AUNQUE NO TANTO

«La década del '50 está repleta de acontecimientos de gran importancia en su vida. Una vida que se irá complicando al extremo, siendo «suya» cada vez menos y entregada a los otros cada vez más... Es que ha aparecido el ojo avizor y experimentado del nuncio Sebastiano Baggio. Diez años después aparecerá otro ojo no menos certero en su apreciación del talento: el del Papa Juan XXIII...» (Oscar Pinochet de la Barra)

A mediados de 1955 vino a Chile el secretario general de Cáritas Internacional, monseñor Carlo Bayer. En una serie de reuniones en la Nunciatura, le planteó a un grupo de personas convocadas por el dueño de casa, monseñor Sebastiano Baggio, la idea de hacer algo parecido a lo que se hizo después de la guerra en Europa, cuando se creó la Pontificia Obra de Asistencia para repartir alimentos.

La economía europea se había recuperado con rapidez de la devastación de la guerra. Ya no se justificaba ahí dicha organización, pero sí había necesidades en todo el mundo. Surgió Cáritas Internacional. Para su creación en Chile, se consideró como un antecedente importante el Incami, Instituto Católico de Migración, que había desarrollado una notable labor en la acogida de europeos que huían del continente devastado por el conflicto bélico. Ahora se trataba de hacer algo parecido, pero para los propios chilenos necesitados, una realidad continuamente denunciada por la Iglesia Católica. Decidida la creación de Cáritas, surgió la pregunta de quién estaría a cargo. Monseñor Manuel Larraín, obispo de Talca, en quien se había pensado como presidente, declinó aceptar por falta de tiempo. Pero -según los recuerdos del padre Baldo Santi- fue el mismo monseñor Larraín quien sugirió el nombre de «un curita salesiano que está en La Cisterna, que es director del colegio. A mí me parece muy bien y además tiene un gran espíritu organizativo». ⁽¹⁾

(1) El Cardenal, en sus *Memorias* (Tomo I) da una versión ligeramente distinta. Dice que él, desde el comienzo participó en las reuniones donde monseñor Bayer propuso la creación de Cáritas. Allí, precisa, siempre se pensó que sería un obispo el presidente. Pero habría sido el propio Nuncio Baggio el que lo propuso, siendo aceptado luego por la Conferencia Episcopal y comunicado oficialmente por monseñor Larraín.

Cáritas Chile, la primera del continente, fue también la primera gran obra del padre Silva Henríquez.

La gran empresa se proyectaba - y sigue proyectándose- en múltiples direcciones, cumpliendo el propósito de «coordinar la acción caritativa y asistencial de la Iglesia Católica a través de sus diversas obras: educativas, comunitarias, de desarrollo, de asistencia, de salud, etcétera».

Para el cumplimiento de estas tareas, durante la presidencia de monseñor Silva Henríquez se firmaron importantes acuerdos y convenios con distintos gobiernos (Estados Unidos y Alemania), con ministerios (principalmente el de Salud), y con organismos públicos y privados.

Como resultado, se crearon numerosas obras, desde la Escuela Nacional de Capacitación de Cáritas (Enac) hasta la Cruzada del Servicio Voluntario que surgió de un ofrecimiento, «a nombre de un grupo de damas», del entonces ministro de RR.EE. Enrique Ortúzar; desde la construcción del hospital, leproso y casa de las religiosas en Isla de Pascua hasta el programa de colonias de verano de los niños. De ese tiempo data una empresa que con los años y los cambios económicos ha perdido el impacto que tuvo en su momento: las Cooperativas de Consumo Unicoop, en combinación con el programa norteamericano llamado la Alianza para el Progreso, del presidente John Kennedy. Algunas de las variadas realizaciones de Cáritas, siempre marcadas por el anhelo de profundizar el concepto de caridad en todos sus aspectos, son:

- La campaña para dar pan y vestido a los necesitados. Nacida del mismo impulso que permitió alimentar a los europeos víctimas de las hambrunas de la posguerra, empezó por hacerse cargo de la ayuda alimenticia entregada por Estados Unidos en su programa de excedentes agrícolas. Ello había de provocar no pocos problemas políticos, desde uno a otro extremo del espectro: para la izquierda era una demostración de imperialismo norteamericano; para la derecha podía constituirse en una competencia desleal para los agricultores.



La gran familia de los chilenos sufre. En Chile hay pobreza... Las desigualdades sociales y la marginalidad de inmensos sectores son una llaga abierta en nuestra conciencia de chilenos y de cristianos.»



Mi primer encuentro con el entonces padre Raúl Silva se remonta a los años '50. Yo era párroco de Nuestra Señora de Guadalupe, en la calle San Pablo, en una zona conocida como «El Blanqueado», cuya característica predominante era la pobreza. Había hambre y los niños, con sus miradas poco lúcidas, requerían el pan de cada día.

Ya se hablaba de Cáritas. De la ayuda en alimentos que llegaba a través del *Catholic Relief Service*. De modo que, sintiéndonos interpelados por el hambre, el padre Alceste Pierogiovanni y yo nos encaminamos hacia Erasmo Escala 48 para ver la posibilidad de contar con esa ayuda: ¡Dar de comer al hambriento era nuestra prioridad! Nos recibió el padre Silva que ya tenía el cargo de presidente de Cáritas Chile. Durante la entrevista se paseaba incansablemente. Dicho sea de paso, difícilmente se le encontraba sentado detrás de su escritorio, sin embargo, nunca tuvo prisa para escuchar. Parecía un hombre severo, pero me atrevo a definirlo, sin temor a equivocarme, como un hombre más bien austero, probó, de no muchas palabras; un hombre que sufría tremendamente la soledad. A menudo me llamaba por teléfono para convidarme a comer y muchas veces me preguntó: «¿Por qué a mí?, si no tengo nada que ofrecerle». Fue con el tiempo que aprendí que estando cerca significaba compañía para él.

En nuestro primer encuentro el padre Raúl tocó el tema de los niños y nos preguntó si en Italia, nuestro país de origen, habíamos realizado alguna experiencia con ellos. De inmediato pudimos percibir la figura del salesiano por su amor a los menores y a la educación. Luego nos pidió que, por favor, le hiciéramos la traducción al español de dos textos en italiano que le interesaban, y cuando llegamos con las traducciones -ciertamente poco castizas-, nos propuso dar vida al Departamento de Colonias y Campamentos.

Aceptamos la aventura.

En poco tiempo se adquirió la casa de San Alfonso y recibimos de regalo un terreno en Pichidangui que fue puesto a disposición de las colonias infantiles. Además, se dio vida a un curso de voluntariado y compramos cuatro buses Pullman para trasladar a los niños. Todo esto con el beneplácito del padre Silva.

En 1962 Cáritas Chile publicó un libro de juegos y cantos para las colonias y él hizo la presentación:

Mi querido niño:

La caridad de los buenos te ha llevado a gozar unos días en la montaña o frente al mar.

Alégrate con los prados verdes y los picachos nevados.

Contempla el cielo y las estrellas.

Goza con el sol y con el mar.

Escucharás un himno grandioso:

el canto de todas las cosas de Dios y Señor.

Une tu voz pura y cristalina al canto de toda la Creación.

Hazlo por medio de este libro hecho para ti.

Canta sus canciones y juega sus juegos.

Vive alegremente con la conciencia tranquila

y la belleza de la Tierra te hablará de la hermosura de Dios.

Lléname de salud con los dones del Señor

y reza una oración para los que te hacen el bien en su santo nombre.

Te desea felices vacaciones.

Tu amigo,

Raúl Silva Henríquez

Como la gran preocupación del Cardenal ha sido la familia, al asumir yo el cargo de vicepresidente ejecutivo de Cáritas Chile me manifestó su interés por crear un departamento de vivienda destinado a las familias más modestas. De él nació INVICA y así fueron surgiendo tantas otras obras, como la Cruzada del Servicio Voluntario y la Escuela Nacional de Capacitación -ENAC-, la obra más importante de Cáritas Chile donde más de 130.000 alumnos han recibido los beneficios de una escuela que alterna el saber con una formación espiritual y moral.

Le tocó vivir momentos difíciles al Cardenal. Sin embargo, siempre tenía la esperanza que vendrían tiempos mejores. A los pocos días de la toma del Palacio de La Moneda, los generales que formaron la Primera Junta Militar de Gobierno le pidieron audiencia. Luego del saludo protocolar, los cuatro visitantes fueron dando su visión para justificar el hecho: todo era para erradicar el comunismo de nuestro país. Terminaron sus intervenciones un tanto sorprendidos por no haber sido interrumpidos por el Cardenal. Fue entonces cuando él tomó la palabra y casi en un suspiro les dijo: «Traten de no quitarles a los obreros los beneficios que han podido obtener en el pasado; no podemos olvidar que son seres humanos». Y no agregó palabra alguna. Guardo en mi corazón muchos recuerdos de él que me han marcado para toda la vida. Por ello, no puedo dejar de decir que el Cardenal fue un gran maestro para mí.

Gracias monseñor Raúl Silva Henríquez por haberme dispensado su amistad y por haberme dado la posibilidad de acompañarlo en el camino del Buen Samaritano.

Baldo Santi Lucherini, OMD.

VICEPRESIDENTE EJECUTIVO CÁRITAS CHILE

El Cardenal, sin embargo, recuerda en sus *Memorias* que los obstáculos se superaron con rapidez, en parte porque se estaba dando respuesta a una necesidad real y en gran parte, también, por el apoyo de parlamentarios de todos los sectores, muy destacadamente de «los diputados y senadores del Partido Conservador (que) nos ayudaron enormemente a sacar el acuerdo adelante». A comienzos de 1957, Cáritas tenía cerca de dos mil centros de distribución de provisiones a lo largo de todo el país.

- El Departamento Fílmico. Creado con el objetivo de «proporcionar espectáculos fílmicos, recreativos y científicos», en esta iniciativa se advierte claramente el huella de la formación salesiana del Cardenal. Recuerda el padre Baldo Santi, actual vicepresidente de Cáritas Chile: «El padre Silva me llama un día y me dice: ¿Por qué no haces un departamento fílmico? ¡A mí, que no había visto una película en toda mi vida! Me dijo que comprara máquinas y películas para mandarlas a las parroquias y esto y lo otro. Bueno. Lo hice. Y me instalé en un subterráneo donde me moría de frío. Llegamos a tener una setenta máquinas proyectoras y unas treinta películas del Gordo y el Flaco, entre otras. Toda la semana yo trabajaba haciendo los embalajes para despacharlas a las parroquias. Muchas veces las películas volvían rotas y teníamos todo un sistema para unir las de nuevo, pegarlas con acetona...»

- Invida. La historia del Instituto de Viviendas Cáritas es, quizás, una de las partes menos conocidas de la vasta obra realizada desde fines de la década de 1950 por la Iglesia Católica bajo el impulso de monseñor Silva Henríquez. Su colaborador directo en esta tarea fue el sacerdote alemán Wolfgang Wallisfurth.

El balance, desde su creación en 1959, no es desdeñable: Invida ayudó a cincuenta mil familias para que lograran disfrutar de su casa propia. Con aportes de diversos organismos, especialmente europeos, católicos o no, ha desarrollado proyectos desde la Tercera a la Octava regiones. Diversos con-

juntos habitacionales, varios en comunas aledañas de Santiago, son la prueba de esta notable labor.

Nació, como todo lo que se reseña en este capítulo, por una preocupación de monseñor Silva Henríquez ante las muy deterioradas condiciones de habitación de los sectores de más bajos ingresos. El ingeniero civil Raúl Paiva, presidente de la institución hasta los años '80, recuerda: «Invica surgió porque la Iglesia Católica siempre ha tenido una tremenda preocupación por los pobres, por los que más sufren y uno de sus peores sufrimientos es la falta de una vivienda digna para poder formar una familia y mantenerla. Nació de la urgencia del Cardenal al ver la pobreza de la gente...»

Invica es una fundación privada. Su finalidad principal, explican sus actuales responsables, es «contribuir al desarrollo cultural, social y económico de personas, familias o grupos menos favorecidos con el fin de posibilitarles su incorporación a la vida activa y productiva de sus comunidades y contribuir al desarrollo del país. Invica está vinculada a la Iglesia y realiza sus actividades inspirada en la doctrina social de la Iglesia Católica. Sin embargo, extiende su labor a todos los grupos sociales sin distinción de credos ni ideologías».

- Ayuda masiva a las víctimas de los terremotos de 1960. Relata el Cardenal en sus *Memorias*: «Ciento cuarenta mil kilómetros cuadrados habían quedado devastados, sumiendo en la congoja a un tercio de la población del país. Al sur de Valdivia las ciudades fueron reducidas a escombros: casi la mitad de las construcciones se fue al suelo en los terremotos. El maremoto abrió un abismo en el lecho marino de Corral y el puerto fue tragado por las aguas, que durante más de cuatro horas estuvieron subiendo y bajando por los cerros que formaban el cajón del río Valdivia. Los sobrevivientes hicieron relatos verdaderamente dantescos del fenómeno, mientras miles de familias se hundían en la zozobra del miedo y la pobreza».

El costo de la serie de cataclismos fue enorme. Sólo la pérdida de bienes de





*«Nadie puede
excusarse
ante la miseria
de su hermano,
alegando que
no tiene culpa...
No importa
quién tenga la culpa;
pero sí importa
la justicia e importa
el amor. Y la justicia
y el amor claman
por los derechos
del pobre».*

la Iglesia llegó a veinte millones de dólares. Y todo lo anterior significó una febril actividad, reflejada en nuevos contactos en el exterior, más visitas, un inolvidable primer encuentro con el Papa Juan XXIII y un nuevo impulso en la carrera eclesiástica de monseñor Silva.

Oscar Pinochet, en la obra ya citada, resume el impacto de todo esto: «El padre Silva no sólo es conocido en Chile (...) Los contactos necesarios para su trabajo (...) adquiridos en sus constantes viajes a Estados Unidos y a países europeos, lo han dado a conocer más allá de las fronteras, con autoridades gubernamentales, con obispos y cardenales, con banqueros. En Estados Unidos se le ve en casa de los Kennedy para almorzar o cenar y alguna vez es invitado en el Capitolio por el presidente del Senado, Adlai Stevenson, y recibido en audiencias por los presidentes Carter y Nixon. En Europa le invitarán los reyes de Bélgica y de España; los presidentes Pertini, Luebke, Mitterrand, los jefes de gobierno Adenauer, Andreotti, Craxi, Felipe González, Alfonsín, Sanguinetti... Así el padre Silva se convertirá, en 1962, en presidente de Cáritas Internacional, elegido por los representantes de todos sus miembros».

¿Qué ha pasado desde entonces?

-Hoy -dice el padre Santi-, Cáritas está en el campo educativo y en el campo de la familia. Y de la justicia y de la paz. Está frente a la familia que sufre, a la familia pobre, a la que tiene un enfermo de Sida o de cáncer. El Sida ha surgido como una de las grandes preocupaciones de la Iglesia y, en especial, de Cáritas. El padre Santi es enfático al señalar que los enfermos de Sida son «pobres, porque solos. Solos, porque abandonados. Privados a veces hasta de la mínima asistencia sanitaria».

Es la adaptación indispensables a las necesidades de nuestro tiempo.

Pero la visión que tuvo el cardenal Silva Henríquez fue la que le dio el impulso que la caracterizó desde el comienzo: ser capaz de proyectarse en muchos ámbitos. Abrir campos nuevos, como el de la construcción para

obreros y campesinos, o poder ofrecer en barrios de clase media y baja, a través de Unicoop, lo que parecía un lujo reservado para los barrios altos: supermercados, como el primero de ellos, el de la población Cardenal Caro. Es cierto que el Cardenal siempre ha tenido una gran visión como administrador. Pero nunca ha dejado de sentir -y reaccionar con rapidez- ante el dolor de los más desamparados: los pobres, los niños, los enfermos...

SANTIAGO: LA MÁS DURA TAREA

«Su desempeño como arzobispo de Santiago ha constituido un período largo y difícil. Período largo: 22 años, sólo inferior a los 31 años del período de monseñor Rafael Valentín Valdivieso (1847-1878). Período difícil: con cambios en el plano universal de la Iglesia con el Concilio Vaticano II y con las crisis posteriores a este Concilio; y en el plano social-político del país, con el paso de cuatro gobiernos de distintas tendencias antagónicas: liberal moderado, demócrata cristiano, socialista y de dictadura militar». (A.V.T. 1984, en Boletín salesiano).

Pese a sus múltiples viajes al exterior y a lo largo de Chile, se puede decir que, desde su llegada desde las orillas del Maule, en los años '20, han sido dos las veces en que el Cardenal ha «regresado» a Santiago.

La primera fue a fines de 1938, cuando regresó de Italia recién ordenado sacerdote. La segunda, en 1962, cuando llegó -también de Roma- como cardenal tras su investidura por Juan XXIII.

La década del '60 recién empezaba. No sabíamos -nadie sabía- que en el mundo entero sería una época de estremecimientos sin igual: un muro dividiría a Berlín para siempre, según se creía entonces; los chinos harían estallar su bomba atómica, y los jóvenes protagonizarían una revuelta sin precedentes desde París hasta Berkeley.

La década del '60 marcaría el auge y la decadencia de los grandes viejos



que habían gobernado desde la Segunda Guerra Mundial, incluyendo a de Gaulle y Churchill. La música no sonaría igual después de los Beatles, ni la literatura sería la misma después de García Márquez.

Estos vientos soplaron por nuestra América con fuerza de huracán.

Fidel Castro se reconoció marxista-leninista. Estados Unidos respondió al desafío con la Alianza para el Progreso y, en 1962, casi estalla la tercera Guerra Mundial por los cohetes soviéticos instalados clandestinamente en Cuba. Desde entonces Washington dejó abierto el *track II* (la opción armada) que tuvo su pre-estreno en Brasil en 1964. A partir de ese momento, para muchos latinoamericanos la única alternativa fue la guerrilla. La personificaba Ernesto *Che* Guevara, quien pretendería repetir en los Andes la gesta de Sierra Maestra.

A este mundo caótico, donde además el Papa Juan XXIII, antes que muchos otros opinó que -Concilio mediante- había que abrir puertas y ventanas para que una corriente de aire fresco renovara la Iglesia, se incorporó, como máxima autoridad católica de Santiago, monseñor Silva Henríquez. Era casi un desconocido. Su único pasaporte parecía ser su eficiente labor en Cáritas y en la dirección de colegios salesianos. No era mucho, en verdad, y por ello en algunos círculos tradicionalmente cercanos a la Iglesia Católica se escucharon voces de sorpresa y hasta de inquietud.

Más sabio, el estado llano santiaguino salió feliz a las calles cuando monseñor Silva Henríquez acudió a Roma al inusitadamente rápido llamado del Papa y volvió como cardenal el 14 de abril de 1962.

«Nunca supe exactamente a quien le debía la recepción», escribió en sus *Memorias*. «Lo cierto es que fue una de las emociones más grandes de mi vida. El presidente Alessandri y el canciller Martínez Sotomayor, más el nuevo nuncio, Gaetano Alibrandi, otros ministros y casi todos los obispos me esperaban en Los Cerrillos... Había miles de personas a lo largo de las calles... agitaban pañuelos, banderas, pancartas. Me daban la bienvenida. En la Plaza Ercilla el intendente-alcalde, Ramón Alvarez Goldsack, me procla-

mó Hijo Ilustre de Santiago. Dije lo primero que pensé y lo que más fuertemente sentía en ese instante: Bendigo a Dios por haberme hecho nacer en esta tierra. Y por haberme dado como hermano a un pueblo tan noble».

Esta recepción fue la primera gran demostración de una historia de afecto mutuo que nunca ha terminado. Años más tarde, al cerrar el último tomo de sus *Memorias*, como un eco lejano de esa primera improvisación de 1962, el Cardenal retomó el tema: «En el balance provisorio de las alegrías, yo he sentido que mi pueblo me comprendió... Ninguna penuria, ninguna incompreensión, ningún reproche puede inclinar la balanza en contra de tanto cariño. Sé muy bien que no existe una de mis pobres virtudes que me haga acreedor de esta generosidad ebullente y desbordada; la recibo sólo como testimonio de amor hacia una Iglesia que ha querido ser justa, limpia y translúcida».

La obra del Cardenal, que para muchos se resume exclusivamente en la valiente y oportuna denuncia de los abusos en materia de derechos humanos y la defensa de los desamparados durante el régimen militar, no tiene sentido en su visión sino como una urgencia nacida de su vocación propiamente religiosa. En esta línea, la primera tarea fue la elaboración de un plan pastoral. Pero la convocatoria al Concilio Vaticano II y la encíclica *Pacem in Terris* hicieron un «rayado de la cancha» que determinó que el trabajo empezara, en definitiva, con la Gran Misión de Santiago.

«Nuestro trabajo -ha señalado el Cardenal-, estaba ahora centrado en dar cumplimiento a las líneas desarrolladas en el Plan Pastoral de Conjunto, aprobado a comienzos de 1962 por la Asamblea Episcopal».

El diagnóstico se puede resumir en tres puntos principales:

- Los esfuerzos pastorales no daban los frutos esperados debido a que, como anota el propio Cardenal, eran dispersos.
- La influencia global de la Iglesia Católica en la sociedad chilena seguía disminuyendo. Mientras el ochenta y cinco por ciento se declaraba católico, sólo un diez por ciento asistía a misa.

derecha local, por «filo-marxista», y de la ultra izquierda, especialmente europea, que lo calificaba de «filo-nazista».

En una entrevista, dijo entonces no inquietarse por estas críticas: «Sí me preocuparían y me harían revisar mi actuación pastoral y mi función como obispo -pues serían signos evangélicos que expresarían que no estoy siendo pastor según el corazón de Jesús- si provinieran de aquellos seres que son los privilegiados de su amor: los pequeños, los pobres, los leprosos, los pecadores, los parias de la sociedad, las multitudes hambrientas y sedientas de justicia. Y al respecto han sido tan conmovedoras las manifestaciones de confianza y el cariño del hombre y la mujer que sufre, del trabajador campesino y obrero organizado, de la juventud, que no solamente es un acicate para ser cada día un signo real y viviente de Jesucristo, sino que me compromete, para traducir en los hechos, la esperanza que depositan en su obispo».

Por ello nunca se arrepintió de haber creído en el diálogo. Antes y después del 11 de septiembre. Durante los primeros años del régimen militar siguió predicando en su favor: «Hoy, más que nunca, quisiéramos re-entablar el diálogo. Quisiéramos que los hombres de Chile se comprendieran hoy más que nunca. Creemos que no se hará la paz de Chile sobre la base de la destrucción de una parte numerosa de los chilenos. Que sólo será posible esta reconstrucción en la medida en que los chilenos reconozcamos valores comunes sobre los cuales se pueda construir una sociedad justa, una sociedad de hermanos.»⁽²⁾

En los años siguientes, en muchas ocasiones, pero sobre todo en los Te Deum de Fiestas Patrias, el Cardenal fue planteando su doctrina frente a los avatares políticos. Fue, en definitiva, una constante reafirmación de su fe en los valores evangélicos, de respeto al hombre, a todos los hombres.

Defendió «el primado de la libertad» y el «respeto al derecho» (1974); el «respeto sagrado a la dignidad humana» (1975); «la paz, pasión de la Iglesia» (1976, 1977 y 1978); «la posibilidad de discrepar» y «el amor a la verdad» (1981).

(2) Respuestas a un cuestionario por escrito de revista *Ercilla*. Apuntes del autor, sin fecha.

Pero no sólo habló. Desde octubre de 1973 prestó todo su apoyo al Comité Ecuménico de Cooperación para la Paz, y cuando las autoridades del régimen militar forzaron su disolución, recurrió en 1976 a la creación de la Vicaría de la Solidaridad.

Su inspiración, han repetido el Cardenal y otras autoridades católicas, fue la parábola del Buen Samaritano. El Papa Juan Pablo II, en el discurso inaugural de la reunión de Puebla recordó que en esta escena evangélica se encuentra «el modelo de atención a todas las necesidades humanas». En un documento de trabajo, el Cardenal sintetizó el sentido de la existencia de este organismo: «Nuestra Vicaría de la Solidaridad ha sido un lugar, claramente reconocido por muchos hombres desapasionados, de continuación de la acción del Buen Samaritano. La Iglesia, como él, no ha querido 'pasar de largo' sin asumir los problemas derivados de la violación de su dignidad y derechos que han debido sufrir los disidentes del modelo político o bien los que han sufrido las consecuencias del modelo económico: los pobladores, los obreros organizados de la ciudad y del campo, los pequeños propietarios agrícolas. La Vicaría de la Solidaridad los ha consolado con su presencia y los ha apoyado activamente en sus problemas de subsistencia, defensa jurídica de sus derechos fundamentales, de su trabajo y organización. Ha sido un signo vivo del Buen Samaritano, del amor misericordioso de Dios, del compromiso liberador de Cristo. (...) Muchas personas han reconocido en ella la presencia del Padre que no los abandona frente a su soledad y angustia...»

En 1990, el secretario ejecutivo de la Vicaría, el abogado Alejandro González, definió su trabajo como «un aprendizaje de lo que debe ser un estilo de pastoral evangelizadora de la cultura: captar los nuevos desafíos que presenta la historia y generar nuevas respuestas inspiradas por el Evangelio, que de este modo aparece como la Palabra viva del Dios que salva aquí y ahora».

Destacó González, entre otros hechos significativos, que la sede de la Vicaría se hubiera establecido en «el viejo Palacio Arzobispal en el centro mismo de la ciudad». Fue, señaló «todo un signo: el amor solidario hace rejuvenecer a la Iglesia, la fecunda y muestra la vigencia del Evangelio como salvación ofrecida por el Señor desde el corazón de la ciudad terrena».

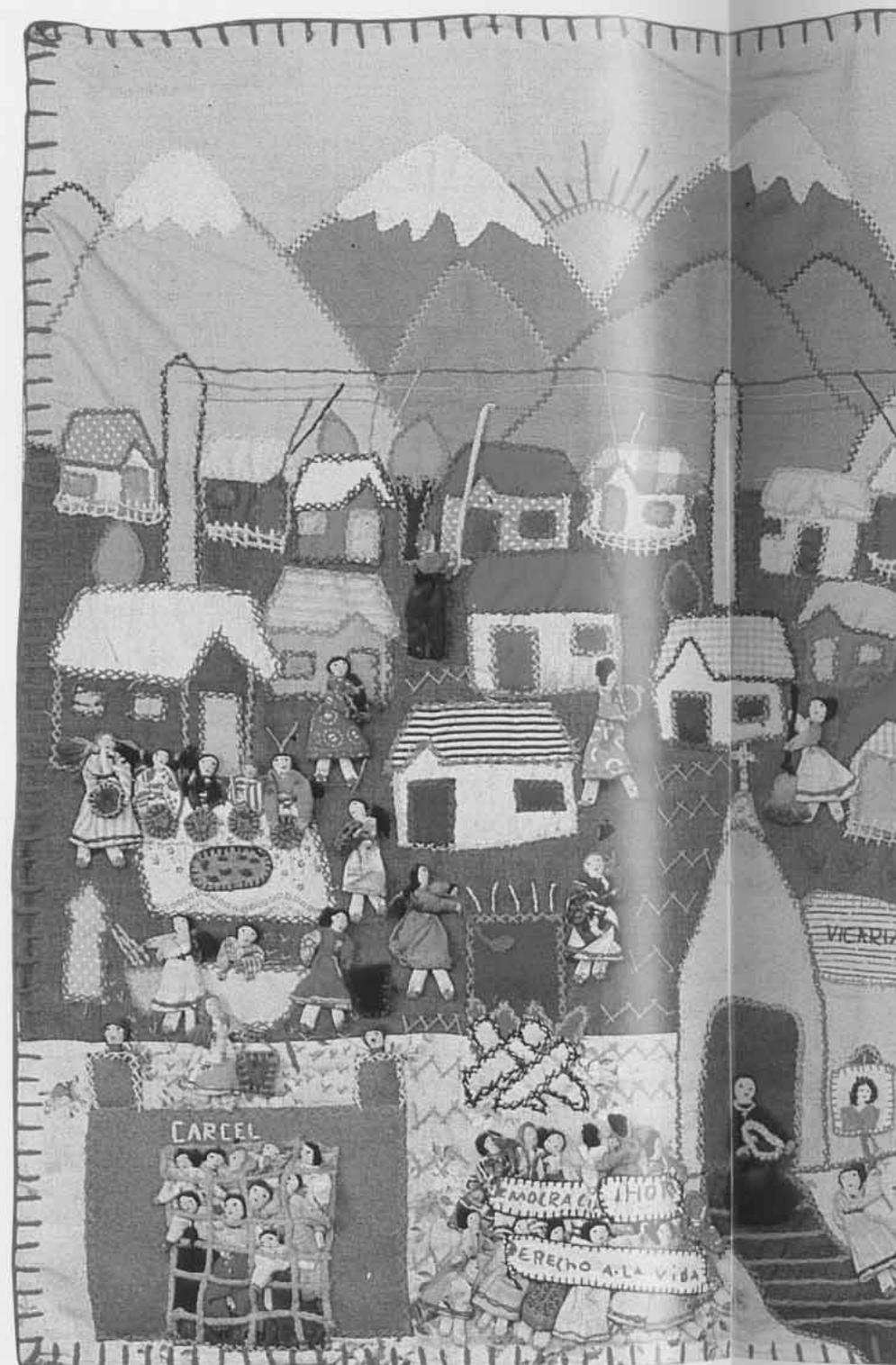
Además, el último secretario ejecutivo del organismo destacó por lo menos dos hechos relevantes: 1º: «En este estilo de una pastoral especializada... la creación de la Vicaría significó una importante participación activa del laicado». 2º: El Cardenal, «otros obispos, los sucesivos Vicarios de la Solidaridad y algunos teólogos de relevancia en el país, fueron dando continuamente el trasfondo teológico y espiritual a la labor realizada por la Vicaría, con lo que ésta ha permanecido siempre como un quehacer eclesial fiel al Evangelio y al magisterio de la Iglesia, particularmente a su doctrina social. Se desvirtuaban así diversos ataques recibidos por la Vicaría que la acusaban de ser una institución ajena a la misión propia de la Iglesia...»

En su momento de mayor actividad, en la década de 1980, la estructura de la Vicaría de la Solidaridad contemplaba seis departamentos (Jurídico, Zonas, Revista, Educación Solidaria, Finanzas y Apoyo) y dos unidades (de Personal y de Relaciones Públicas).

Hay ciertos criterios con que operaba la Vicaría, especialmente su Departamento Jurídico, que no siempre han sido debidamente apreciados. En su resumen, el abogado González los recordó en detalle. Algunos de ellos, muy fundamentales, son los siguientes:

- El principal criterio de admisibilidad es que el recurrente sea víctima de violaciones de derechos humanos fundamentales.
- La defensa se efectúa por dos medios principales: la vía judicial y la denuncia pública. Queda excluida la opción de la ilegalidad o la clandestinidad.
- El derecho a la vida es sagrado y predomina sobre cualquier otra consideración.
- Se excluye la prestación de servicios de defensa legal cuando se trata de

«La Vicaría de la Solidaridad es la expresión de nuestro amor hacia los perseguidos, hacia los pobres, de nuestro deseo de que se respeten los derechos de todos los hombres».



ángulo, de los discapacitados. Es decir, todos aquellos temas de los cuales no hay todavía conciencia generalizada.

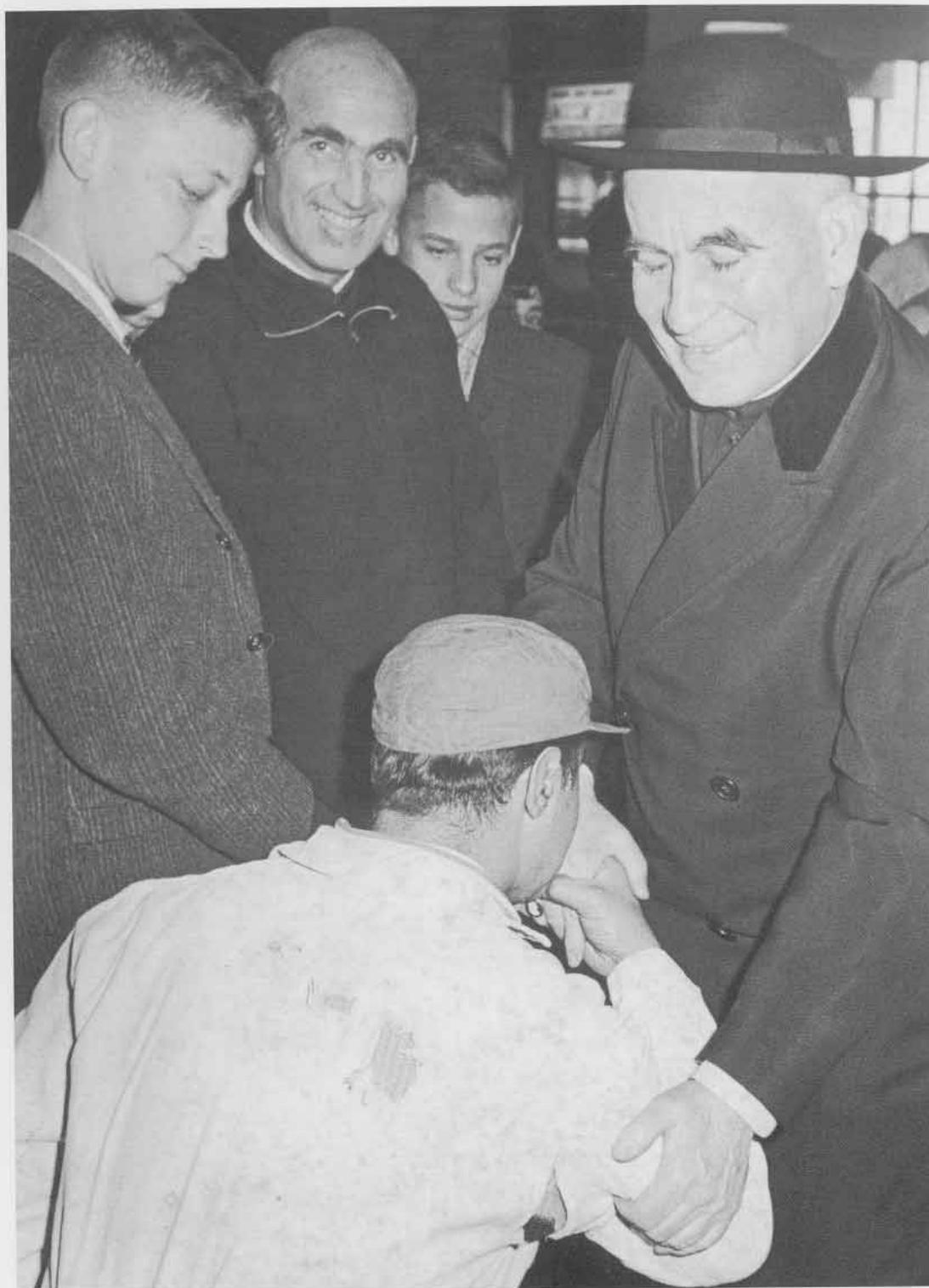
Más dramática fue su tarea en tiempos difíciles. Desde el comienzo se constituyó en un lugar de encuentro para quienes no se les reconocía ni siquiera el derecho a reunirse, menos el de organizarse sindicalmente o negociar colectivamente. Dijo el Cardenal: «Creo que éste es un lugar donde los obreros se encuentran en su casa».

Al comienzo fue única en América Latina y figura entre las primeras de su tipo en el mundo entero. Uno de sus rasgos originales es haberse estructurado de modo de tener, simultáneamente, contacto con el mundo obrero y poblacional, y con organismos propiamente pastorales como parroquias, comunidades de base, catequesis, movimientos apostólicos...

Recuerda monseñor Baeza que «...las organizaciones naturales que los mismos trabajadores habían formado, estaban en ese momento (años '70) muy desprotegidas o prohibidas. Entonces se reunían en los locales de la Iglesia. La Iglesia era 'el local de los que no tienen local', además de ser 'la voz de los que no tienen voz'».

-¿Cuáles fueron las mayores dificultades con que se encontraron para ejercer su labor?

-Las dificultades fueron, justamente, que estaban muy restringidos los derechos de reunión, los derechos a expresarse. Ciertamente que también existía un movimiento de resistencia contra la dictadura, contra el gobierno. Era necesario, entonces, discernir muy claramente como Iglesia Católica y según la orientación del Cardenal y los obispos, que en ningún caso debíamos amparar a grupos que quisieran la violencia armada. Tampoco la Iglesia podía dejarse instrumentalizar por los partidos políticos. Para nosotros era muy claro que, igual que la Vicaría de la Solidaridad, teníamos que defender los derechos de todas las personas, sin importar ni el credo ni la opción política...





«Ni el trabajo ni el trabajador le son extraños a la Iglesia. Están en el centro mismo de su corazón. Ella sabe el lento y doloroso camino que millones de trabajadores han venido recorriendo en busca de su dignidad».

El balance final, según monseñor Baeza, es que «se ha conseguido, de parte de los trabajadores, que tengan confianza en la Iglesia». Pero no sólo eso. Además «se ha generado un cambio de imagen de la Iglesia en el mundo obrero. La Vicaría ha contribuido también a la formación cristiana de cientos de personas que hoy ese sienten fortalecidos en la fe».

-En general -resume el vicario-, uno encuentra mucha gente que hoy tiene una cercanía mayor con la Iglesia Católica, con la fe, y que siente que la Vicaría la ayudó. No digo que lo hayamos hecho todo. Sólo Dios hace y nosotros sólo somos instrumentos y medios... Pero es un logro muy importante: si no hubiera existido la Vicaría nadie sabe quién habría tomado las inquietudes de estas personas.

Lo reconoció, con emoción, el secretario de la Vicaría, José Aguilera, al despedir al Cardenal en 1983. En una intervención en la Catedral, concluyó: «Gracias, don Raúl. Gracias, hermano. Gracias, padre obispo. Gracias, siempre, su eminencia, cardenal Raúl Silva Henríquez».

NADA MENOS QUE UN BANCO

La mejor prueba de que el Cardenal a lo largo de su vida religiosa superó las suspicacias «gerenciales» del comienzo, la proporciona la existencia del Banco del Desarrollo, también obra suya, pero que nunca nadie ha esgrimido en su contra. Se explica porque su imagen ha crecido con los años. O por una razón simple: este banco ha ayudado a financiar más de ochenta y cuatro mil viviendas populares entre 1983 y 1996.

Este capítulo se inicia con una amistad. Una gran amistad. Domingo Santa María, fundador y hoy presidente de honor del Banco del Desarrollo, recuerda que conoció al Cardenal cuando éste llegó a Washington en una de sus periódicas visitas. Santa María era entonces embajador del presidente Frei Montalva: «Lo recibí. Le ofrecí un almuerzo e iniciamos una amistad.

Cuando volví a Chile fui nombrado vicerrector de la Universidad Católica en tiempos en que él era Gran Canciller. Nos sentábamos al lado en las sesiones del Consejo Superior. Y ahí nos hicimos mucho más amigos, porque nos veíamos prácticamente todas las semanas».

Después Santa María fue elegido rector de la Universidad Técnica Federico Santa María, donde quedó «cesante» en 1973. Entonces recordó que muchas veces había escuchado la preocupación del Cardenal por la falta de viviendas dignas para los pobres. Una y otra vez, el Cardenal ha repetido su dolor por la falta de intimidad de las parejas hacinadas en pequeños cuartos, junto a sus hijos.

Convencidos de que el problema fundamental en materia de vivienda popular era el financiamiento, Santa María y otros colaboradores del Cardenal lo abordaron partiendo «muy modestamente» con una cooperativa de Ahorro y Créditos. No duró mucho. Una modificación de la ley, tras el escándalo de una entidad parecida, hizo que las cooperativas se tornaran ineficaces. «Entonces vino el segundo paso. Se nos abrió la oportunidad de tomar el control de una financiera ».

No terminaron ahí los problemas. Porque cuando se trató de conseguir créditos externos, se encontraron con que fuera de Chile una financiera no servía de mucho: «Un banco es un banco en cualquier parte del mundo: en Pekín, en Moscú, en Nueva York... Es un instrumento que se sabe en todas partes lo que es. Una sociedad financiera, en cambio, puede referirse a la sociedad que construyó el Canal de Suez ... o a la Cutufa, una que dio mucho que hablar en Chile».

Se repitió entonces la historia. Se encontraron con un banco que estaba a la venta. «Un banco que había sido creado para atender a los pequeños comerciantes e industriales. No había sido bien manejado. Fue intervenido por la Superintendencia. Entró prácticamente en liquidación y lo compramos».

Así nació el Banco del Desarrollo. No es un banco de la Iglesia.



El Cardenal con Domingo Santa María.

«Nunca -aclara Domingo Santa María- la Iglesia puso un peso en él. Pero el Cardenal consiguió donaciones en el extranjero para reunir el capital inicial. Lo primero era ayudar a financiar viviendas. Luego se agregó otro objetivo: ayudar a quienes quedaron cesantes en la crisis de comienzos de los '80 y apoyarlos en la creación de pequeñas empresas».

«La idea fue siempre la del financiamiento. Construir una casa es fácil. Sabemos hacerla. Financiar la construcción o la compra de esa casa, ése es el problema. Se trata de una inversión muy grande para la gente, prácticamente es **la** inversión que hacen en su vida. Por eso el problema de la vivienda en el fondo es un problema financiero, sobre todo cuando se trata de gente que no tiene plata».

Hoy, recuerda con orgullo Domingo Santa María, «el Banco del Desarrollo es un banco próspero, exitoso. Dentro del financiamiento de la vivienda es el banco líder. O sea, hemos seguido cumpliendo la vocación inicial».

Las donaciones llegaban a través de la Fundación para el Desarrollo, que fue el primer accionista del banco. Ahora la Fundación no necesita hacer aportes: recibe dividendos del banco y con ellos sostiene otras obras de la Iglesia. Una característica del Banco del Desarrollo es su profesionalismo. En eso no tiene por qué diferenciarse de otras instituciones bancarias.

Aunque el apoyo inicial a quienes quisieron crear pequeñas empresas no tuvo el éxito deseado, más tarde se estableció una subsidiaria: el Centro de la Microempresa. Aquí se concentra el apoyo a los pequeños empresarios. No se trata de dar créditos más baratos, sino de permitir el acceso a quienes nunca han podido superar las barreras burocráticas. Eso, reconoce Domingo Santa María, no lo sabían al principio. Pero lo descubrieron cuando llegó uno de los primeros clientes a la sucursal de Melipilla, donde el empleado simplemente le pasó un formulario para que lo llenara, incluyendo «estado de situación». Como difícilmente podría entender de qué se trataba, el presunto cliente no regresó.

«Nos costó descubrir esa realidad. Entonces dijimos: 'Hay que hacerlo al revés. En lugar de que el parcelero venga a la oficina, el agente del banco va a la parcela'. Llega allí y se sienta debajo del parrón. Mira la parcela, ve que tiene algunos animales y entonces el cliente se da cuenta de que tiene un patrimonio: su tierra, sus animales. Cosa que hasta entonces no tenía conciencia de ello. Y esto es fantástico, porque le da un colorido nuevo, muy especial, a nuestra función bancaria».

El resultado, planteó Domingo Santa María en una conferencia en abril de este año, es «una breve y hermosa historia, en la cual se mezclan sabiamente -perdonen que sea yo quien lo diga- sentimientos, ideales, vocación y perseverancia. A ellos se agregan: visión empresarial, rigor y habilidades profesionales, y sobre todo, mucho esfuerzo y mucho trabajo».

Y, por supuesto, la inspiración cardenalicia: «Aunque parezca extraño para una empresa bancaria, nosotros somos hijos de una intuición. De una intuición profundamente sentida del cardenal Raúl Silva Henríquez...»

Y en esa misma línea de las intuiciones, un capítulo aparte, por su importancia, es lo que se refiere a la distribución de las tierras del arzobispado y a la palabra y acción del Cardenal en materia agraria.

REFORMA AGRARIA: CON LA BENDICIÓN DE JUAN XXIII

«Sabíamos que la pastoral de los obispos primero, y la decisión de colonizar las tierras de la Iglesia después, contribuirían a acelerar el proceso (de reforma agraria). Cuando menos, reforzarían el clima y la conciencia de muchos sectores que mostraban sus dudas y aprensiones sobre la necesidad de cambios». (Memorias. Tomo I)

En mayo de 1970, el cardenal Raúl Silva Henríquez completó la parte que le correspondía al arzobispado de Santiago en el proceso de reforma agraria.

ria. En una emotiva ceremonia en el fundo San Dionisio, cerca de Linares, entregó a los nuevos propietarios sus títulos de dominio.

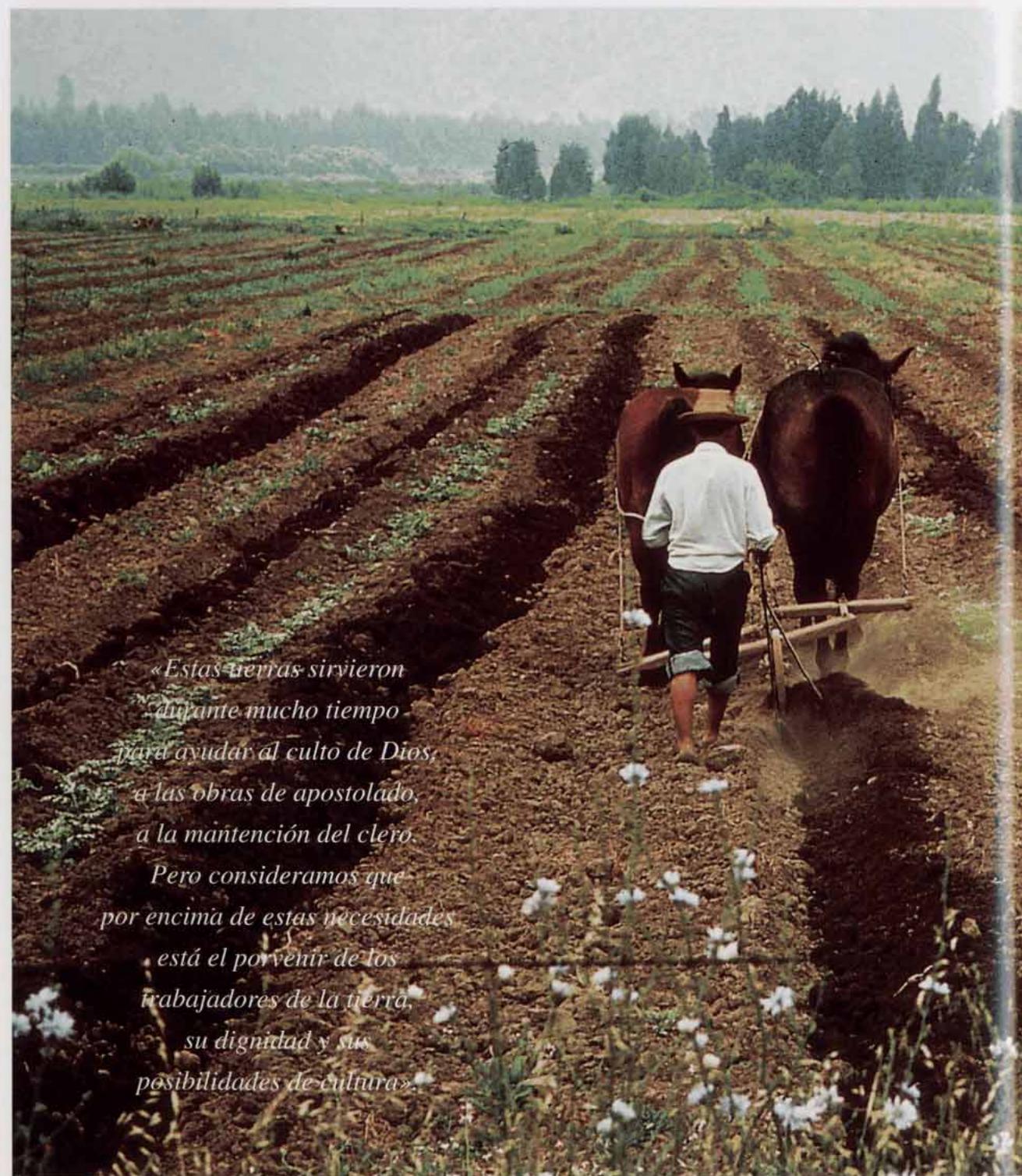
El proceso previo no había sido fácil. Recordó: «Han sido años difíciles. Años de sudor, de fatiga y de lucha, y también de esperanza y confianza». Se refería a los beneficiados con los nuevos títulos. Pero también podría haber aplicado estos dolores y tropiezos a él mismo, ya que pese al apoyo explícito del episcopado, no fueron pocos los obstáculos que debió superar en su propósito de hacer una reforma agraria que sirviera de ejemplo y aliciente al resto de los propietarios.

Años más tarde, al despedirse de los católicos de Santiago, entre sus agradecimientos mencionó «al Papa Juan que me llamó al episcopado, me hizo arzobispo de Santiago y todavía quiso honrarme con el cardenalato. Santo Pastor, en mi angustia, en mis dificultades, recurrí a él. Cuando parecía imposible que yo pudiera entregarle a los campesinos de mi tierra los bienes de la Iglesia, él me dijo: Hágalo, señor cardenal. Yo lo voy a ayudar...»

En 1970, en la ceremonia en San Dionisio, el Cardenal explicó por qué se había iniciado una reforma agraria para distribuir las tierras de la Iglesia: «¿Por qué lo hicimos? Porque la Iglesia debía ser leal y sincera consigo misma y con todos los chilenos. La Iglesia ha nacido para continuar la misión de Cristo y esta misión se resume en esta palabra: dar. La Iglesia debe dar la verdad y el amor. Y éstas no son sólo buenas palabras. Su verdad y su amor son la generosidad, la solidaridad, la unión entre los hombres. Esto significa que los bienes de la Iglesia son los bienes de todos los hombres, especialmente de los que menos tienen, (son) los bienes de los pobres.

El proceso había comenzado casi una década antes. Y su primer protagonista fue el obispo Manuel Larraín, coterráneo del Cardenal y constante aliado suyo en variadas aventuras de la fe.

Testigo privilegiado de un momento con sabor histórico, el periodista Javier Rojas describió la escena en junio de 1962, en Los Silos de Pirque:



*«Estas tierras sirvieron
durante mucho tiempo
para ayudar al culto de Dios,
a las obras de apostolado,
a la mantención del clero.
Pero consideramos que
por encima de estas necesidades
está el porvenir de los
trabajadores de la tierra,
su dignidad y sus
posibilidades de cultura.»*



«Hoy se termina en esta propiedad el sistema de inquilinaje, explicaba monseñor Larraín. Hoy comienza una forma de trabajo más conforme con las necesidades actuales. Hoy se abre a un grupo de campesinos la posibilidad de ser propietarios agrícolas. Hoy se está dando un paso más para hacer realidad las enseñanzas de Cristo y las doctrinas sociales de la Iglesia...»

Las dramáticas iniciativas de los pastores de Santiago y de Talca fueron un remezón para la sociedad chilena y latinoamericana.

Los cronistas recuerdan que más de cuatro siglos antes, el padre Antonio de Montesinos increpaba ásperamente a los conquistadores por el maltrato que les daban a los indígenas que trabajaban en el campo: «Todos estáis en pecado mortal y en él vivís y morís, por la crueldad y tiranía que usáis contra estas pobres gentes».

Durante largo tiempo estas voces clamaron en el desierto.

Mientras la doctrina social de la Iglesia lograba notables avances en favor del mundo obrero urbano, los problemas de la tierra y del hombre del campo se veían bajo una óptica diferente.

En 1957 se realizó en Santiago el IV Congreso Internacional Católico de la Vida Rural. Llama la atención que en sus conclusiones se evitó cuidadosamente hablar siquiera de reforma agraria. Se prefirió, en cambio, recurrir a los eufemismos como lo ilustra el punto 11 que menciona «la transformación de las estructuras agrarias», subrayando que «la experiencia hecha en algunos países de América Latina en los últimos decenios (...) demuestra la perentoria necesidad de la misma». No se usa, tampoco, otro término tabú, pese al constante tono de denuncia del documento: la sindicalización campesina, igualmente resistida por los terratenientes, muchos de ellos declaradamente católicos.

Pese a tanta timidez, el tono resultaba categórico: «No bastan los esfuerzos individuales o colectivos inspirados en la virtud. Es necesaria la intervención del Estado, en cierta medida».

En la denuncia y la formulación de soluciones, coincidieron -hasta lograr apoyos más generalizados- monseñor Manuel Larraín, el padre Alberto Hurtado y el cardenal Silva. Su mayor aporte -consagrado en 1965 en el Concilio- fue crear conciencia de que no bastaba con un simple reparto de tierras. Era indispensable, dijeron, el apoyo del Estado y otras instituciones a fin de asegurar a los nuevos propietarios «los elementos y servicios indispensables, en especial los medios de educación y las posibilidades que ofrece una justa ordenación de tipo cooperativo».

Como parte de este proceso, en Chile el cardenal Silva Henríquez y el obispo Larraín empezaron una coordinación que culminó en 1963, con la creación del Instituto de Promoción Agraria, Inproa. Fundación sin fines de lucro, definió su objetivo en términos de «propender al desarrollo económico y social del país, mediante actividades económico-sociales relacionadas o derivadas de la reestructuración de propiedades agrícolas y de la producción agropecuaria...»

El periodista y escritor Alejandro Magnet, en un artículo en *Mensaje* anotó lo mismo en otros términos: «Una reforma agraria no puede tener éxito -según se ha dicho- sin la participación activa y responsable de los campesinos y, a la vez, sin una adecuada selección de los nuevos propietarios. El papel de Inproa es cooperar a que ambos requisitos se cumplan conjuntamente».

En la Cuaresma de 1962 se había dado un paso significativo con la pastoral colectiva de los obispos chilenos «Sobre la cuestión agraria».

Tras recordar que «documentos nuestros y aun de los Sumos Pontífices, han permanecido silenciados o han sido citados en forma parcial o trunca, más con el afán de reafirmar posiciones tomadas que con el deseo sincero de proclamar la verdad en su íntegro esplendor», los obispos hicieron un crudo examen de la realidad rural, subrayando «el atraso injusto del sector campesino en su nivel de cultura y vida».



Lo que sigue era, por cierto, revolucionario para muchos oídos: «Las condiciones en que se encuentra el sector campesino (...) reclaman con urgencia una profunda transformación de la estructura rural».

Para lograrlo, el documento reconocía que la propiedad privada es un derecho fundamental del hombre, pero no un derecho absoluto, ya que está condicionado por la función social de los bienes materiales. La sociedad, se señalaba, tiene un fin propio, aunque no opuesto al de los particulares, que es el bien común. La propiedad, agregaban en consecuencia los obispos, debe ser estructurada de modo que, sin desconocer los derechos particulares, atienda preferentemente a este bien público.

La tarea compete al Estado y a éste también corresponde -en términos de la Encíclica *Mater et Magistra* - «procurar que las condiciones de trabajo estén reguladas por la justicia y la equidad y que en los ambientes de trabajo no sufra mengua, ni en el cuerpo ni en el espíritu, la dignidad de la persona humana».

Es responsabilidad del Estado, concluye en esta parte la carta, llevar a cabo las reformas necesarias para una mejor reestructuración del agro. Y para que nadie se equivocara, superando los eufemismos de unos pocos años antes, ahí mismo los obispos subrayaban que «los dos fines de una eficaz reforma agraria son: la mejor utilización de la tierra para la comunidad, y una mayor participación de la familia campesina en la propiedad y rentabilidad de la misma».

Estas claras afirmaciones no fueron suficientes, sin embargo, para acallar las resistencias internas cuando el Cardenal decidió iniciar su propia reforma agraria.

Según explicó en 1987, ya retirado, en una entrevista con periodistas de *La Epoca*, el arzobispado tenía cinco o seis fundos que arrendaba. «Y resulta que en esos fundos no se aplicaba la doctrina social de la Iglesia como nosotros la predicábamos y eran fundos nuestros. Para mi modo de ver las

cosas, eso era un escándalo. Dije: Como pastor esto no lo puedo aceptar. Nosotros predicamos la reforma agraria, la defensa de los derechos de los campesinos y esa gente está muy mal. Eramos como el padre Gatica, que predica pero no practica. No era posible».

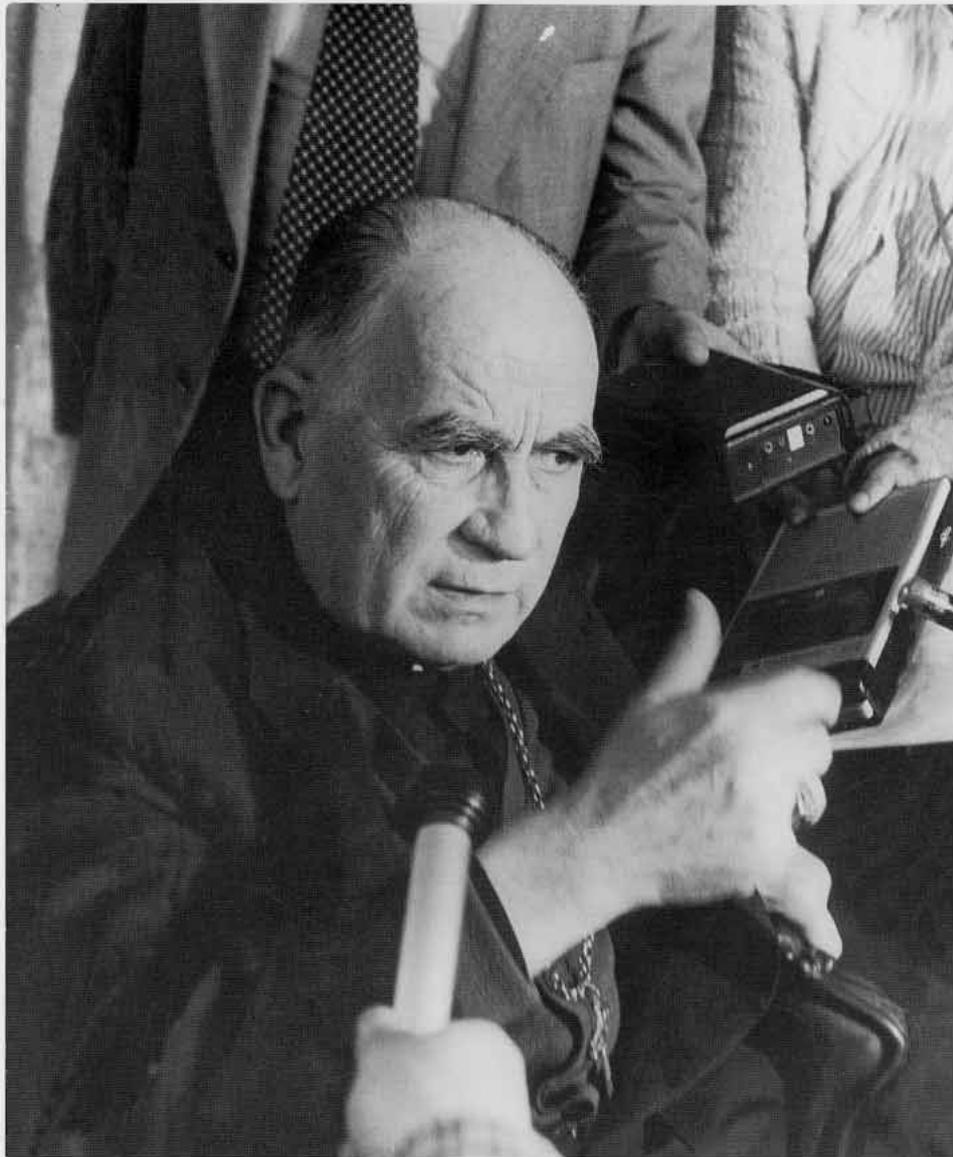
«Propuse hacer la reforma agraria en el Consejo de Administración del Arzobispado y hubo unos caballeros allí que me dijeron que no, que la reforma agraria -me dijo uno- era una institución comunista. Le dije que creía que no. Tuve que pedir permiso al Cabildo de Santiago, a los canónigos. Tampoco les pareció, porque esos bienes se habían dado a la Iglesia y no para los campesinos. Entonces fui a hablar con el Santo Padre, el Papa Juan XXIII. Le expliqué que nosotros no podíamos trabajar esas propiedades y que no podíamos darles a los campesinos el bienestar que deben tener. Eso me parecía un contrasentido. Y le dije que quería distribuir esas tierras entre los campesinos. Me guiñó un ojo y me dijo: 'Hágalo. Yo lo apoyo'. Roma, por cierto, me dio la aprobación e hice la reforma agraria. Unas trescientas familias fueron beneficiadas. Es una de las cosas hermosas que he podido hacer».

El cardenal Silva Henríquez no estuvo solo. Además de monseñor Larraín, otros obispos se pronunciaron con gran energía sobre el tema.

En 1970, en medio del fragor de un año electoral lleno de tensiones, monseñor Manuel Santos, presidente de la Conferencia Episcopal, respondió a un grupo de dirigentes de Linares que pedían un pronunciamiento sobre la reforma agraria. Puntualizó: «La Iglesia ha apoyado y hoy día sigue apoyando la reforma agraria, porque considera que hay una situación de angustia y opresión del campesinado y no ve cristiana la diferencia entre patrón e inquilino...»

En los años siguientes, ya bajo el régimen militar, otros preladados también mantuvieron su posición de denuncia respecto de la situación campesina y de apoyo al proceso de reforma agraria.

En el caso de la arquidiócesis de Santiago, donde había terminado el proceso con sus propias tierras, sólo quedaba seguir predicando, insistiendo en la de-



«La Iglesia habla apremiada por el amor, porque quiere identificarse con su pueblo, cargar con sus angustias y sufrimientos, hacer suya su esperanza y solidaridad.

La Iglesia habla no sólo para desarmar la violencia y el odio, sino que, al mismo tiempo, para construir la justicia y el amor».

nuncia. Así lo hizo en 1975 el vicario René Vío, quien expresó su temor de que diversas medidas económicas de esos días terminaran por anular el proceso, «conduciéndonos a una atomización del sector reformado e incuestionablemente a la reagrupación de la tierra con lo que se pierde todo lo de justo que encerró el proceso de reforma agraria a pesar de sus errores».

A esas alturas, el Cardenal estaba apremiado por otras urgencias y sometido a presiones inéditas en la historia de Chile. Pero, en una demostración típica, tuvo una reacción adecuada y oportuna. Tal vez el resultado no fue tan espectacular como el proceso mismo de entrega de tierras, pero fue útil e importante. En 1974, impulsó la creación de la Oficina Coordinadora de Asistencia Campesina, Ocac. Su tarea se resume, en voz de sus responsables actuales, en «paliar los problemas de desintegración social, marginalidad y pobreza que se hacían evidentes con la contrarreforma agraria y el retiro del apoyo estatal a los campesinos, características del régimen dictatorial de la época. De este modo, se constituyó como un organismo no gubernamental privado».

«Hoy la tarea fundamental de la Ocac es la lucha contra la pobreza, la que además constituye uno de los objetivos básicos no sólo de los gobiernos democráticos chilenos, sino también del conjunto de su sociedad».

La Fundación Ocac se financia con aportes de organismos no gubernamentales de Europa, que a su vez reciben recursos de sus respectivos gobiernos. Se trata de agencias de ayuda, católicas, evangélicas y no confesionales. Desde 1995 cuenta también con aportes del Estado chileno. Con estos fondos, entre 1981 y 1996, Ocac apoyó ochocientos ochenta y cinco proyectos de todo tipo, distribuidos en siete programas, en todas las regiones del país. Estas ayudas, explica la Fundación, «permitieron el reforzamiento de la organización campesina y su capitalización, evitando que vendieran sus tierras. Una capacitación y asistencia técnica de calidad en el campo agropecuario y de mercado. El mejoramiento de las escuelas rurales. La construcción y mejoramiento de la vivienda rural».

EL «ENGANCHE» CON LOS JÓVENES

«Amor, Justicia y Paz son los tres grandes deseos, los tres grandes consejos que yo en estos días les doy. Se los entrego a ustedes confiando en ustedes, y estoy cierto que sabrán realizar y llevar a la práctica, en toda vuestra vida, estos grandes ideales. (Misa con la Juventud, septiembre de 1974).

Antes de ser obispo, antes de dirigir Cáritas, el Cardenal fue rector de colegios salesianos, participó en la creación de la FIDE y, en este organismo, tuvo un papel decisivo en la fundación de su revista *Rumbos*. Era natural, en consecuencia, que en Santiago, a la hora de ordenar el mapa de la arquidiócesis, incluyera diversas instancias de acogida y apoyo a los jóvenes, que ahora se han refundido en la Vicaría de la Esperanza Joven.

En 1982, cuando ya estaba próximo el fin de su administración en la arquidiócesis capitalina, pese a los variados desafíos de un año turbulento, un importante esfuerzo de la Iglesia se concentró en la Misión Joven. Fue el resultado de una inquietud que fue creciendo y de un trabajo previo realizado en 1981. Resulta significativo haber encerrado el período que el Cardenal fue responsable del trabajo pastoral en Santiago entre la Gran Misión, al comienzo, y la preocupación por los jóvenes, manifestada en esta nueva Misión.

Ha dicho el Cardenal, al recordar este aspecto: «El carisma de Don Bosco me enseñó a sentir un particular cariño por los niños y los jóvenes, de modo que para mí fue una inmensa alegría constatar que mis vicarios, pese a todas las dificultades que afrontábamos, marchaban en la misma dirección. De hecho, la arquidiócesis venía ampliando su trabajo especializado en este campo desde hacía varios años. Desde el '74 en adelante los padres Víctor Gambino (Vicaría de la Educación), René Carrasco y Cristián Caro (Vicaría de la Pastoral Universitaria) y Miguel Ortega (Vicaría de la Pastoral Juvenil Extraescolar) habían potenciado la presencia de la Iglesia en el medio juve-

nil, con resultados verdaderamente notables. La solidez de esa estructura fue vital para afinar el diagnóstico que construimos durante 1981...»

No sólo Santiago se involucró en esta tarea. El trabajo con los jóvenes fue incluido en las orientaciones pastorales 1982-1985 por la Conferencia Episcopal.

En Santiago, el proyecto se concretó a través de la Misión Joven, «cuya convocatoria oficial -recuerda el Cardenal- realicé en una multitudinaria Eucaristía celebrada a los pies de la gigantesca Virgen que corona nuestro cerro San Cristóbal».

Miles de jóvenes respondieron al llamado: desde las más modestas comunidades de base, en poblaciones, hasta las agrupaciones de universitarios: «Estos muchachos eran la savia de la que se nutriría, ahora y en el ancho futuro, el mensaje de Cristo en Chile. (...) Eran la demostración viva de que nuestros esfuerzos no eran vanos ni nuestros dolores, estériles», recuerda monseñor Silva Henríquez.

Uno de sus colaboradores en esta tarea, el padre Miguel Ortega, ha señalado que «lo que destaca muy especialmente de su ministerio episcopal es, precisamente, su amor y su trabajo con los jóvenes y los pobres. El tiempo y la historia nos harán mirar y valorar con mayor perspectiva la transformación enorme que esto significa en la Iglesia de América Latina. Los jóvenes y los pobres sienten la Iglesia como su espacio propio. Aman a sus pastores. Escuchan sus palabras. Esperan de ella».

En la Semana Santa de 1982, señaló el Cardenal que, si bien la Iglesia reconoce su opción preferencial por los pobres, «descubre su identidad más profunda entre los jóvenes».

En una de sus numerosos llamados a los jóvenes, en la cuarta Semana para Jesús, en 1979, resumió su visión: «Como Pastor de la Iglesia, quiero pedirles que sean jóvenes de esperanza, que ardientemente busquen la justicia, que vivan sin claudicaciones en la verdad y que venzan toda opresión que

les impida ser libres y que solidariamente sirvan, en especial, a los más pobres y sufrientes. (...) Hagan un esfuerzo porque la Civilización del Amor se construya en nuestra patria».

Monseñor Cristián Precht, cercano colaborador por muchos años del Cardenal, cree que él «tiene el mérito de no rehuir los conflictos. Los enfrenta con la claridad y franqueza que lo caracterizan». Un ejemplo claro, sin duda, es lo que ocurrió a fines de los años '60, cuando debió involucrarse en una seria crisis: la de la Universidad Católica.

Hace el relato monseñor Precht:

-Vino la crisis de la Universidad. Eran los años de efervescencia y reforma en las universidades chilenas. En ese entonces, la Santa Sede le pidió que interviniera para solucionar el conflicto de la Universidad Católica, a la sazón tomada por sus alumnos. El Cardenal, fiel a la Iglesia, aceptó el difícil encargo. Hasta el día de hoy hay quienes dicen que él sacó al Gran Canciller de esa época, monseñor Alfredo Silva Santiago. La verdad es que asumió dicho encargo por expresa petición de la Santa Sede y una vez que monseñor Silva Santiago hubo nombrado a Fernando Castillo como pro-rector, con plenos poderes para dirigir la Universidad.

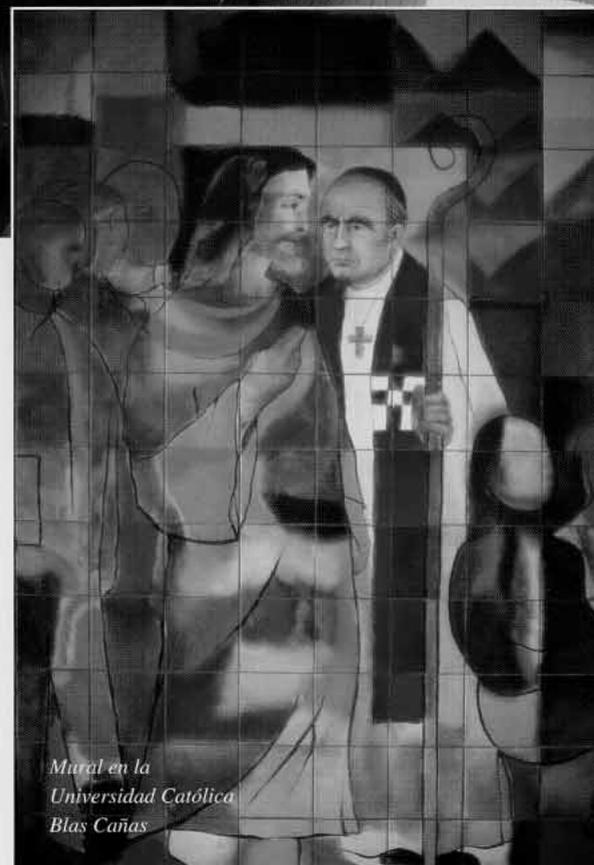
Como Gran Canciller, el Cardenal dio cumplimiento estricto a sus obligaciones. Sólo hizo dejación del cargo después de otra crisis, la de la intervención bajo el régimen militar. Entonces prefirió delegar en monseñor Jorge Medina esta responsabilidad.

Luego de ese episodio, su interés por la enseñanza superior se canalizó en dos direcciones complementarias en el tiempo.

En 1976 estuvo detrás del esfuerzo de un grupo de académicos que, expulsados del sistema universitario, querían seguir trabajando y pensando, en Chile, y formaron, bajo el alero del arzobispado, la Academia de Humanismo Cristiano, bautizada como «la Universidad del Cardenal» por la prensa. Según un comunicado del 16 de enero de ese año, «tomaron parte en la



«En esta hora decisiva de la historia no podemos ser neutrales ni indecisos. Cristo reclama de nosotros una fe luminosa, convencida, audaz, de palabra y de obra, personal y social, en privado y en público...»



*Mural en la Universidad Católica
Blas Cañas*

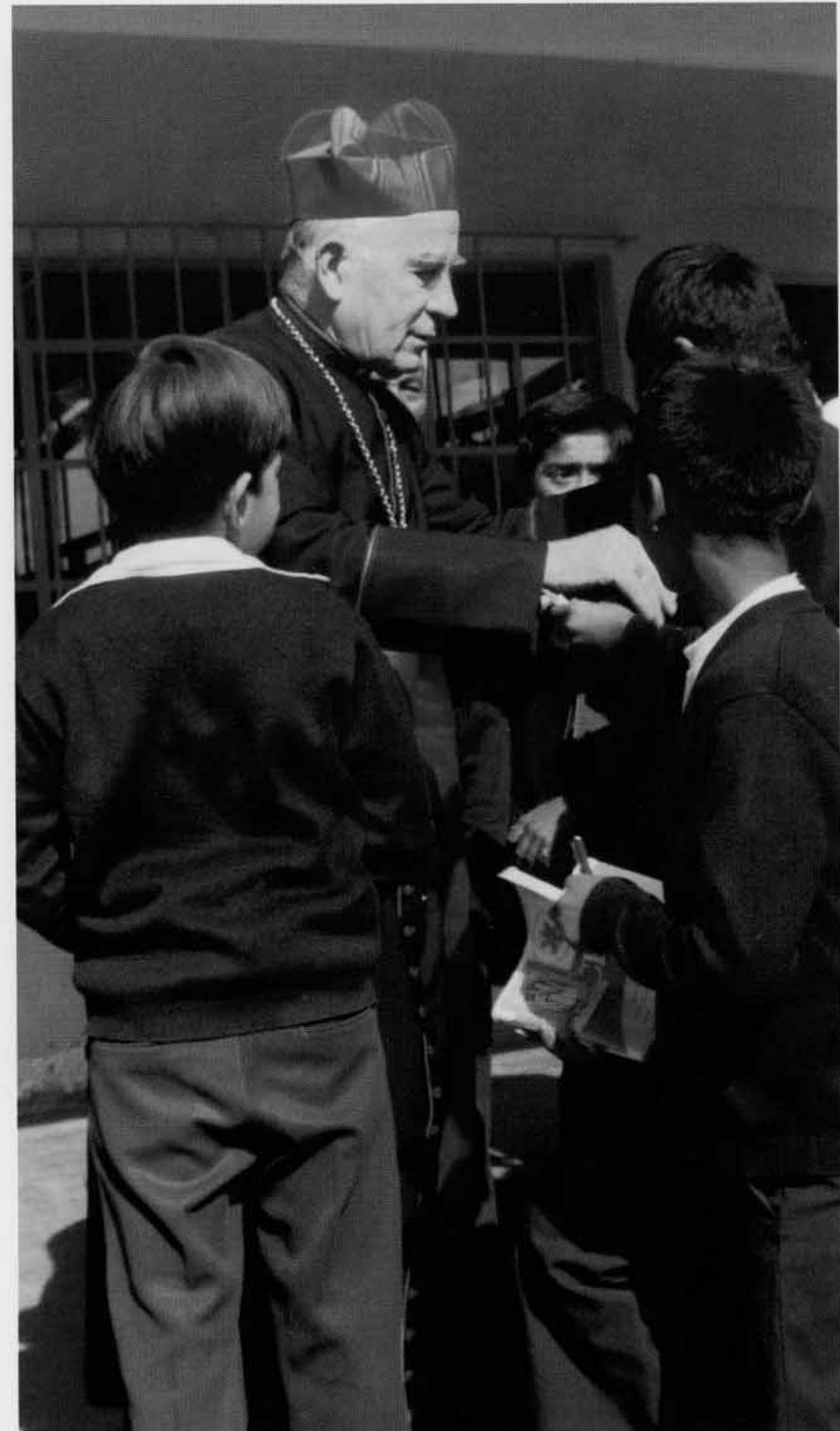
sesión constitutiva los siguientes académicos, profesores universitarios y especialistas en Ciencias Sociales y Humanísticas: monseñor Jorge Hourton, obispo auxiliar de Santiago; doctor Fernando Monckeberg; señores Edgardo Boeninger, Domingo Santa María, Enrique D'Etigny, Jaime Bellalta, Ricardo Jordán, Duncan Livingston, Reinaldo Sapag; presbíteros Beltrán Villegas, Renato Poblete y Raúl Hasbún. Presidió la reunión el cardenal arzobispo de Santiago, a cuya investidura corresponde la calidad de presidente del directorio y de la Academia».

Hoy, superada las emergencias de hace dos décadas, la Academia se ha convertido en la Universidad de Humanismo Cristiano y es autónoma de la Iglesia Católica.

Años más tarde, en 1982, en un nuevo contexto, el Cardenal tuvo un papel muy preponderante en la creación del Instituto Profesional Blas Cañas formado por las hermanas de la Congregación Casa de María, Madre de Misericordia. En 1985, ya alejado del gobierno de la arquidiócesis, intervino en una asamblea de la Conferencia Episcopal con el objeto que se aprobaran los estatutos del Instituto y fuese reconocido «como una obra de la Iglesia». En esa ocasión se designó como presidente de la obra al obispo Tomás González, también salesiano y entonces presidente del Área de Educación del Episcopado.

Monseñor Silva Henríquez se preocupó permanentemente y en todo sentido de la institución, hoy reconocida oficialmente como Universidad Católica Blas Cañas, gestión en la cual le cupo un importante papel al obispo Manuel Camilo Vial, que reemplazó a monseñor González en el Área de Educación del Episcopado.

Algunas intervenciones del Cardenal tuvieron que ver con la defensa de los estudiantes detenidos por los servicios de seguridad del régimen militar, hasta el punto de presentarse personalmente en los cuarteles de la CNI en calle República. Ya retirado, dedicaba los sábados a la atención espiritual



de la comunidad de estudiantes, profesores y administrativos. Y en 1987, durante la visita del Papa Juan Pablo II, logró que la imprenta de la Universidad se hiciera cargo, con instalaciones *ad-hoc* en el Hotel Carrera, de la impresión de los discursos y comunicados de prensa.

Los actuales directivos de la Universidad Católica Blas Cañas reconocen que ella «debe al cardenal Silva Henríquez no sólo su ser formal, sino su ser espiritual, porque en los ideales y principios de este pastor se basan los propósitos que animan a esta obra educativa».

Y agregan: «El Cardenal quiso que esta obra sirviese para que los jóvenes de escasos recursos y trabajadores chilenos pudiesen acceder a los estudios superiores y no escatimó esfuerzos para lograrlo. A su ejemplo y animación se deben los principios que nos inspiran, en especial el de la solidaridad y el de servicio a la persona humana y su dignidad...»

«La Universidad, en la idea de servicio que emana del cardenal Silva, ha crecido en colaboraciones desinteresadas al país, ha formado profesionales que dirigen su accionar a la prestación de servicios en las localidades y sectores del país más necesitados, y colaboran en programas y firman convenios que ayudan a poner en ejecución programas que pueden y deben permitir la lucha contra la pobreza, la delincuencia, la drogadicción y el alcoholismo».

Por su parte, el propio Cardenal ha recordado que «a Blas Cañas le debemos la creación del Patrocinio de San José. Yo le devuelvo la mano al colaborar con la fundación de la universidad que lleva su nombre».

EPÍLOGO: LOS NIÑOS DE LA ALDEA

A la hora de terminar este recuento, tras una mirada -necesariamente incompleta- de la maciza obra realizada por este «curita», una sola cosa se puede afirmar con certeza absoluta: no puede quedar duda alguna acerca de



*«Sólo los que son niños tienen acceso
al Reino de Dios que es justicia,
paz y alegría de amar.
Nacer de nuevo, ser niños, significa en
nosotros actitudes, mutaciones concretas.
No es jugar con las palabras
ni apelar a sentimientos fáciles».*



la inspiración sobrenatural que ha guiado al cardenal Silva Henríquez. No hay otra explicación para la vastedad de las realizaciones y, al mismo tiempo, para la serenidad con que las dejó en el momento en que su Iglesia le pidió que lo hiciera, por haber traspasado el umbral de los 75 años.

En realidad sólo dejó el gobierno de la arquidiócesis, que era a lo que estaba obligado. Debió ser también lo más doloroso.

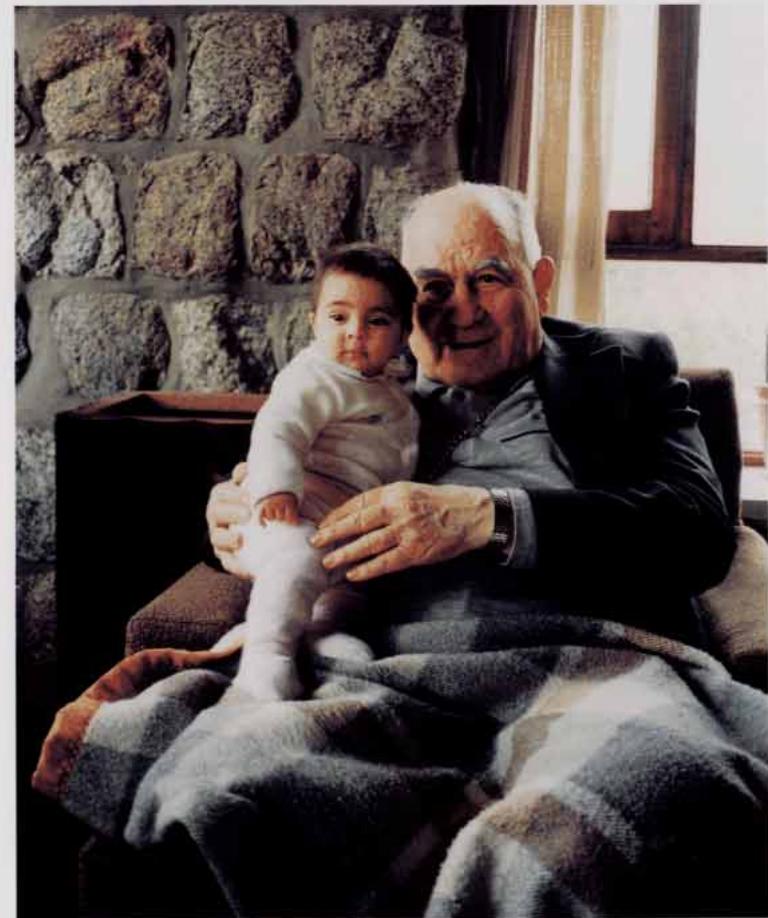
Entonces, como ya se ha dicho aquí, volvió a sus tareas más básicas como sacerdote: la atención espiritual. Cumplió funciones en distintos lugares: el colegio San Gaspar, el Seminario Menor, la parroquia de Nuestra Señora del Carmen, de Ñuñoa. Pero su mayor alegría, tanto por lo que él mismo ha dicho y escrito, como por lo que han podido apreciar cientos de emocionados testigos, fue la atención de los niños pobres.

Muchos años antes, siendo arzobispo de Santiago, había tomado contacto con la iniciativa del doctor Hermann Gmeiner: las Aldeas de Niños SOS. En terrenos del arzobispado de Santiago, en Punta de Tralca, entre 1977 y 1979, construyó una de ellas. La inauguró su inspirador, el Dr. Gmeiner. Luego se abrió una residencia juvenil en Santiago, y más tarde la Aldea de La Pintana, que lleva el nombre del Cardenal Caro.

«En estos años -concluyó el Cardenal sus *Memorias* - las Aldeas SOS han sido mi remanso, el lugar de mi dicha más profunda. Cada fin de semana he vivido con la ilusión de ir a confesar a esos pequeños pillastres que me llaman «tío» y que me llenan el corazón de calor. Los veo correr hacia mí cada viernes, como un tropel -son cien- y cada domingo siento una tibia tristeza cuando se despiden con esas manos inocentes y pobres y cariñosas. Sesenta años se me quitan cada viernes; ochenta y tantos se me vienen encima cada domingo».

«Sé que me quieren, con ese afecto público e incondicional de los niños. Yo los quiero de otra manera, quizás sin inocencia, quizás más íntimamente: ellos me recuerdan a cada momento al Señor, a la razón por la cual he vivido y he querido servir».

«Hay una urgencia de amar. El amor es servicio al hombre y el hombre pasa por la Tierra sólo una vez. Por eso el amor apremia: un ser humano no puede ser sacrificado a un mañana o un tal vez... ¡Démosnos prisa! No podemos permitir que una generación o un sector de nuestro pueblo sienta transcurrir y pasar, en amarga impotencia, su oportunidad única de vivir humanamente».



El «tío Cardenal» con Cony, en Punta de Tralca. La niña, abandonada por sus padres, fue entregada a las Aldeas SOS casi moribunda. Sanó y hoy, de seis años, se llama Elisa y vive en Italia con sus padres y hermanos adoptivos.